

IX

27 Septiembre.

Eran las seis de la mañana cuando mi Padre me despertó de mi profundo sueño; salimos del wagón, nuestra casa durante tres días y después de pasar una avenida sombreada por los castaños de Indias, nos encontrábamos en Vigo. Aquí fué donde por primera vez después de las playas de Gascuña, respirábamos las inhalaciones marinas que arrastran las frescas brisas del Oceano. Vigo es una ciudad suntuosa; parece una sultana que baña sus pies en las espumas de su ría en cuyo fondo esconde avara los tesoros que le ofreciera el mar (1). Tiene barrios enteros de hoteles que honrarían en Madrid la Castellana.

Nuestro primer paseo fué á los muelles, allí encontramos algunos pescadores, embarcando las redes en sus lanchas, vimos

(1) En la ría de Vigo la más grande de nuestras costas, se fueron á pique los célebres Galeones que venían cargados de tesoros de las Indias occidentales.

la tripulación de un Brik extranjero, agrupada sobre cubierta en torno de un hornillo donde hervían en un mar de aceite, como bloques azotados por la tormenta, las patatas del almuerzo; algunos botes impelidos por el bogar acompasado de los remos, atracaron al muelle, mientras algunos marineros, de los buques y vapores anclados en la bahía, saltaban á tierra y se dirigían con grandes cestas al brazo al mercado de la ciudad.

Hemos visto la salida del sol sobre el Oceano ¡qué espectáculo tan grandioso! al quebrarse sus rayos en las ondas, cada rayo de luz era una estela fosforescente que verdugueaba al vaivén de las olas como los álamos que azota el viento, y las olas rizaban apenas la superficie de las aguas, en ligeras ondulaciones, como los surcos abiertos en los campos por el arado, las aristas de las montañas como inmensos monolitos cristalizados, reflejaban torrentes de luz sobre los barrancos y los valles, y algunas gaviotas tendieron el vuelo trazando círculos caprichosos, sobre la superficie de la ría. ¡Qué hermoso es el nacer del sol sobre las aguas! La aurora de aquel día

era un torrente de armonías, una orgía de luz, una fuga de colores sobre la paleta inmensa de un pintor divino. Yo estaba embebecido ante aquel espectáculo, el chapotear del mar contra los bloques; el gemir de la brisa entre el cordaje de los navíos, me hacía el efecto de una oración, de un cántico elevado á Dios por la Tierra, el Mar y el Viento; y aquellas emanaciones saladas que impregnaban mis pulmones, me hacían respirar la esencia de la vida.

Yo recé también; ¿y quién no hubiera rezado conmigo al sentir la voz de Dios en sus oídos y en su frente el soplo de la Divinidad en aquel grandioso templo, sin más bóveda que el cielo, sin más altar que el corazón del hombre, sin otro límite que el infinito?

.....
.....
Hemos salido de Vigo á las 10 de la mañana, durante todo el trayecto he ido en el balconcillo del wagón (1). Nunca hubiera sospechado que España encerrara en su

(1) Los wagones de primera en esta línea son de construcción especial teniendo unos balconcillos en los testeros.

seno una región tan pintoresca; los paisajes de la provincia de Pontevedra, son comparables, y aun superan en luz, á los paisajes de la Suiza. Cuando el tren se detiene en Redondela, el viajero admira en torno suyo, algo que tiene el aspecto de una decoración inmensa: el airoso acueducto con sus hileras de arcos superpuestos, la ciudad debajo con sus tejados y sus miradores, los montes vestidos de pinares que se convierten en praderas al llegar al valle y allá en el fondo, la ría que parece un anchuroso lago surcado por las barcas pescadoras con sus velas blancas como las alas de las gaviotas.

En Guillarey hemos encontrado un amigo, era el Jefe maquinista de la línea, el señor J... á quien habíamos conocido con el mismo cargo en la estación de H... ¡Qué alegría se experimenta al encontrar un rostro conocido en un país lejano! Le he pedido que me llevara en la máquina y se ha apresurado á satisfacer mi capricho, llevándome con él hasta el puente internacional del Miño; allí me ha explicado cómo por las circunstancias especiales de las precauciones sanitarias, el puente terminado ha-

cía ya un año no se había abierto aún al paso de los trenes, y qué teníamos que hacer para pasar hasta la orilla portuguesa; él mismo se ha ofrecido á acompañarnos en la barca; le hemos rogado que no se molestara, pero él lleno de amabilidad ha insistido en su ofrecimiento. Unas mujeres, que pudieran muy bien ser hombres han cargado á la cabeza nuestros equipajes y pocos minutos más tarde, estábamos todos instalados en la barca. ¡Qué hermoso estaba el Miño! que resbalaba sus aguas majestuosas retratando en su tersa superficie las celosías del puente y las torres y murallas de Valença (1). Yo me coloqué en la proa de la barca y me entretenía mojándome las manos en el agua que estaba transparente y dejaba ver las plantas acuáticas del fondo y los peces que brillaban como átomos de fósforo, escondiéndose en el laberinto de las algas. Un instante después remontábamos la corriente á fuerza de remo y ya en el centro del cauce víramos en redondo y la barca fué marchando á la deriva hacia la opuesta orilla.

(1) Plaza fuerte portuguesa situada enfrente de Tuy y en la orilla opuesta del Miño.

X

Al saltar á tierra pisábamos ya el territorio portugués; allí nos despedimos del señor J... que se volvió hacia España en la misma barca; un sanitario tomó nuestros nombres, nos invitó á montar en la berlina de un coche preparado al efecto, y poco después llegábamos á las puertas del lazareto escoltados por cuatro jinetes que sable en mano nos custodiaban como criminales. Aquellas puertas se cerraron detrás de nosotros como las puertas de una prisión; y una vez dentro el capitán del lazareto nos notificó la sentencia de ocho días de incomunicación absoluta, sometidos á un régimen perfectamente militar. Mi padre pidió que fuéramos tratados y colocados en primera; el lazareto no era más que una quinta de recreo con sus paseos de emparrados que conducen á diversas casitas y pabellones sueltos; á nosotros nos colocaron en uno de éstos que protegen con su sombra

dos grandes castaños. Componíase de una sala con dos alcobas y una pequeña galería de cristales que daba al camino, y de la cual se divisaban las torres de la ciudad por cuya base se desliza el río; aquí pasamos los ocho días de reclusión. Manöel, un joven soldado era nuestro asistente, y con su ayuda empezamos á instalar desde luego nuestro equipaje; generalmente pasábamos las horas en la galería que hacía de comedor y de escritorio; Manöel nos servía á la hora de ordenanza una comida tan abundante como mala y cuatro veces al día entraba el *chá* (1) en una gran bandeja; era un buen muchacho, y creo que no debió pesarle porque le tratamos como amigo.

Aquellos días fueron años para mi Padre y para mí.

¡Qué hermosa es la libertad perdida! Yo me pasaba las horas muertas apoyados los codos en las ventanas de la galería, escuchando el ruido estridente de los *carriños* (2) que pasaban y las estancias melan-

(1) El té de cuya infusión se hace en Portugal un inmenso consumo.

(2) Carros de madera.

cólicas de los *fados* (1) que cantan las lugareñas; alguna vez pasaba algún mendigo y le arrojábamos algunos *reis* ó los pedazos de pan que nos sobraban; por la tarde subíamos á una plazoleta donde desembocan los túneles del emparrado, y veíamos las tiendas de campaña, que eran las viviendas de tercera donde hacinaban por la noche un montón de carne de gallegos. Y estaban alegres aquellos pobres diablos; bien es verdad que desde allí veían las montañas de su país, tal vez el humo de las chimeneas de su pueblo, y una sencilla flauta de boj tañida por uno de ellos, llevando en sus acentos toda la alegría de sus hogares, bastaba para hacerles bailar los bailes de su tierra. Después comíamos en la galería á la luz de la luna; Manöel me prestaba su guitarra y yo ensayaba á arrancar de entre sus cuerdas, los gemidos de mi alma; alguna vez hacía versos sin más ritmo que la tristeza ni más armonía que la armonía del sentimiento; el viento llevaba casi siempre sus pedazos; nadie los hubie-

(1) Fados, llámanse así unos cantos muy populares en Portugal.

ra comprendido. Y yo permanecía inmóvil viendo salir los astros en el cielo y me sumergía en aquel oceano de silencio que sólo interrumpía el lejano rumor del Miño al deslizarse y el alerta monótono de los centinelas. ¡Qué tristes son los días en que el sol nace para alumbrar la cárcel del destierro!

XI

4 Octubre.

Es el santo de mi padre y el día de nuestra libertad; preciosa manera de celebrarlo; nos hemos despedido de los otros cuarentenarios y de nuestro asistente Manöel, y las puertas del lazareto se han abierto después de ocho días de riguroso cautiverio.

A las diez hemos tomado el exprés con dirección á Oporto; aquí inauguramos nuestro viaje como hombres de negocios; voy á empezar mi primera campaña comercial en compañía de mi Padre, y mis apuntes y mis notas sólo contienen ya referen-

cias de banqueros, armadores, compañías marítimas, etc., en vez de las impresiones de mis viajes. Sólo de tarde en tarde, puedo robar un momento á la actividad casi vertiginosa de nuestra vida, y entonces trascibo al papel, algo de lo que la naturaleza escribe sobre mi alma durante el día.

Una hora después de abandonar á Valença llegamos á Caminha, en la desembocadura del río; el tren pasa de las orillas del Miño, que limitan los juncos y las espadañas, á las costas oceánicas donde las olas mueren al besar los grandes arenales, que formando dunas inmensas parecen otro mar que el viento riza en caprichosas ondulaciones.

¡Qué grandioso se muestra aquí el Atlántico! Sus olas gigantescas se arrastran largo rato, produciendo un rumor semejante al rugido del trueno lejano cuando rueda en el firmamento multiplicado por el eco; algunas van á estrellarse entre los peñascos de la costa levantando verdaderas columnas de espuma, que el viento traía pulverizada hasta nosotros. Nada más temido de los marinos que estas costas; las corrien-

tes del golfo Cantábrico vienen á chocar con las corrientes meridionales en este recodo de la Península Ibérica, que es por esto la región de las grandes rompientes. Cuando el mar dejaba de salpicarnos con su espuma, nos internábamos en un oceano de pinares, y á las olas encrespadas de las aguas sucedían las olas verdosas formadas por las ramas de los pinos que verduguea el viento.

Aquella misma tarde del 4 de Octubre nos instalamos en el Gran Hotel de Oporto.

XII

8 de Octubre.

Hemos permanecido en Oporto cuatro días, durante los cuales no hemos tenido un minuto de descanso; visitamos la población y sus alrededores; obras grandiosas; el Duero corre encajonado en un cauce profundo donde anclan buques y vapores de todas las naciones, y un puente de hierro de un solo arco, en construcción,

tiende su esqueleto gigantesco entre ambas orillas, uniendo la parte alta de la ciudad con la estación inmediata de Villanova de Gaya, magnífico puerto artificial, en construcción también, en Leixões, á seis kilómetros de Oporto; allí, de pie sobre los bloques de las obras, hemos contemplado la puesta del sol sobre el Oceano; hermoso panorama; una fuga de colores sobre un mar de plata. Se ha levantado una brisa muy fresca que hincha las velas de las barcas pescadoras, y nos retiramos por el frío.

El Palacio de cristal, dominando el mar, la ciudad y el Duero, que se ensancha á sus pies para formar la barra, la Alfandega (1) y la Bolsa, soberbios edificios que honrarían cualquier capital europea, he aquí lo que más he notado entre sus monumentos más notables. Oporto es una ciudad comercial; el ruido continuado de las grúas de los vapores, los tranvías, el humo espeso de las chimeneas de las fábricas, la envuelven en una atmósfera de ruidos y neblinas. Allí se respira la actividad del comercio y

(1) La aduana.

de la industria; Oporto parece el Barcelona de Portugal.

Tres cosas me han llamado singularmente la atención: las astas larguísimas de los bueyes que arrastran las carretas, la nota del hotel, que ascendía á veinte mil reis (1) y un escuadrón de cien plazas que tenía *cuatrocentos pedes de cavallo* (2) sin contar los pies de los jinetes. Las dos últimas retratan al vivo el carácter de nacionalidad; noble y honrado el portugués, se paga muchísimo de las apariencias, y el más modesto de los súbditos recibe el tratamiento de *illustrisimo*. Gustan de las empresas titánicas, y aun sueñan hoy con dominar al mundo. Y ¿quién sabe? Tal vez este mismo carácter ha sido el germen de su engrandecimiento; tal vez sin él, el mapa de nuestra Península no ostentaría dos colores, ni las Indias Orientales y Occidentales, ni las abrasadas regiones africanas hubieran jamás ondeado en su suelo el pabellón de Portugal.

Hablábase en una reunión de jóvenes es-

(1) Un franco equivale á 180 reis.
(2) Cuatrocientos pies de caballo.

pañoles de la tan debatida cuestión de la unión Ibérica, y uno de ellos propuso con mucha gracia y muy buen sentido práctico lo siguiente para realizarla: España declara la guerra á Portugal, finjimos correr delante de sus ejércitos victoriosos y las fronteras han desaparecido, y Portugal, conquistador, es conquistado para siempre. Yo creo que aquel jóven tenía razón; estoy muy lejos, sin embargo, de vituperar á esta nación; tiene lunares y defectos como los tienen todas las naciones y todas las sociedades, pero en cambio tiene grandes virtudes, que no siempre tienen todos los pueblos. No puedo quejarme de Portugal. Si he estudiado sus costumbres no he encontrado en ellas más que la fidelidad y la honradez; por donde quiera que hemos ido mi padre y yo hemos encontrado una acogida llena de benevolencia y la más desinteresada hospitalidad; por eso yo conservaré siempre el recuerdo de Portugal, escrito en el alma con notas de gratitud eterna.

XIII

8 de Octubre.

Hemos salido á las cuatro de una tarde lánguidamente otoñal; el día hermoso y templado como una despedida del estío, parecía sumirme en una deliciosa tristeza; era una tarde llena de esas horas en que el alma siente el peso abrumador del cuerpo, que la sujeta á su pesar como áncora de hierro en el oceano de la vida.

Silbó la máquina, y el tren salió lentamente atravesando las villas (1) y jardines que se desparraman esmaltando la campiña de la ciudad de Oporto, y muy pronto el vaporoso penacho de la máquina tuvo que abrirse paso á través la espesura de los inmensos bosques que cubren de vegetación exuberante las landas y arenas de otro tiempo. ¡Qué espectáculo tan hermoso! El sol, que empezaba ya á inclinarse sobre el Oceano como sobre un inmen-

(1) Villas, casas de campo.

so lecho de plata, dejaba ver su enrojecido disco, destacándose en el fondo del bosque como fantástica decoración; su luz, al quebrarse en las altas copas de los pinos, las envolvía en una atmósfera rojiza como el fulgor de algún incendio, y allá muy lejos, al dar las últimas vueltas de su girar eterno, semejaba un inmenso carbón encendido en los últimos límites del horizonte.

Y la brisa de las vecinas playas, cargada de las emanaciones salobres de los mares, pasaba gimiendo entre las ramas de los pinos y acariciaba mis cabellos, y al refrescar mi frente abría ante mis ojos un mundo de sonrientes imágenes y halagadores sueños, como si fuera un filtro mágico que adormeciera mis sentidos; y aquel rumor de brisas que gimen entre los árboles, y aquellos ecos misteriosos que interrumpian la soledad del bosque, traían á mi oído algo como rumor de lágrimas que resbalan, millones de armonías, efluvios misteriosos de la divinidad.

Yo estaba entonces lleno de la naturaleza, y aquellas auras de los montes traían á mi alma ráfagas de inspiración sublime. ¡Dios mío! ¿por qué no me dísteis la lira

del poeta para decir á los hombres esa misteriosa confidencia de lo desconocido? ¿Por qué no me habéis dado una voz melodiosa como á los pájaros del bosque para cantar ese mundo de armonías que escuché aquella tarde en el himno eterno de la naturaleza, cuando lejos del mundo de los hombres me aproximaba á Vos?

Y en tanto el tren seguía su marcha vertiginosa á través los pinares, rugiendo como fiera herida que tratara de guarecerse en la oscuridad del bosque, mientras el sol poniente envolvía los últimos pinos en una luz vaga y melancólica, mezcla extraña de los colores de cielo, tierra y mar; yo contemplaba en la ventanilla aquella fuga de fantásticos cuadros que evocaban en mi alma un mundo de poesía, cuando un movimiento instintivo me hizo retirar al interior del wagón, y un viento frío y húmedo heló mi frente, disipando como densa niebla aquel delicioso éxtasis del alma. La fiera había encontrado su guarida; el tren caminaba dentro de un túnel, y aquel ruido infernal del hierro repercutido en las oscuras concavidades me parecía una orgía de diabólicas carcajadas, un murmurar si-

niestro de blasfemias, un sarcasmo de la materia que aprisionaba mi espíritu en las entrañas de la tierra.

Diez minutos más tarde el tren detenía su carrera en Ermezinde; los eucaliptos que forman en el lado opuesto á la estación una larga avenida, limitan los dominios del vecino bosque, y en el bosque ví destacarse y aproximarse al tren un grupo de dos seres, cuyo recuerdo conservaré grabado en mi memoria.

Una niña rubia de rizados cabellos, que envolvían su rostro de ángel en un nimbo de oro, conducía de la mano á un anciano vestido de harapos; era un ciego, y llevaba colgada á la espalda una bolsa de cuero, al través de cuyos rotos se veía la caja de un violín. La niña contaría apenas diez años; llevaba los pies descalzos y cubiertos de ligera capa de polvo, y se ocultaba temerosa detrás del ciego sin soltar su mano.

Una niña hermosa y dulce como una sonrisa sirviendo de lazarillo á un anciano venerable, era un cuadro lleno de sentimiento, donde estaban admirablemente pintados la aurora y el ocaso de la vida.

El viejo colocó el violín debajo de su

barba blanca, preludió una melodía triste, y María, que así se llamaba la niña, mezcló su vocecita con las notas del violín, y fijando en el cielo sus ojos azules húmedos de lágrimas, entonó esta balada:

Traidoras las olas que rizan los mares,
maldito el Oceano, malditas sus aguas,
¿por qué le tragásteis? Decidme qué os hizo
mi padre del alma?

Maldito mil veces hogar venturoso
que fuistes un tiempo la paz de mi casa;
traidora tu lumbre que fué de alegría,
traidoras tus llamas
que nacen hermosas cual ráfagas de oro
y brillan y abrasan.

¿Por qué la quemásteis? Decidme qué os hizo
mi madre adorada?

Maldita la lumbre, maldito el Oceano,
malditas sus aguas.

¡Pobre María! ¿Queréis saber su historia? Escuchadme, pues, y lloraréis con ella su desgracia.

Una tarde, aún tataba María, su madre la bajó dormida entre sus brazos y se sentó en la playa. Todos los días al ponerse el sol dejaba á su niña dormida en la cuna y bajaba á esperar á su marido que volvía

de la pesca impelido por la brisa del mar; ella le ayudaba á descargar la barca y á tender las redes, y luego subían á su casita con una cesta de pescado cada uno en la cabeza y otra que subían entre los dos. Allí les esperaba la hija de su amor despierta, jugando con las ropitas de la cuna, y ellos se disputaban por darle el primer beso; su padre la sentaba sobre sus rodillas mientras la madre encendía la lumbre para hacer la cena, y así pasaban los meses día tras día sin que nada turbara aquel idilio de felicidad.

—Esta tarde quiero sorprenderlo, decía la madre; bajaré á María dormidita y le esperaremos las dos allí en la playa. Es verdad que no podré ayudarle á subir la pesca... pero no importa; ya está el Sr. Juan su compañero, que lo hará por mí.

¡Pobre madre! No pensaba que el Oceano encierra en su fondo la perfidia, como el alma de un malvado. Sus aguas que rizaba el oleaje, reflejaban en su superficie todo el azul del firmamento, velado á intervalos por ligeros nubarrones, y una ligera brisa movía apenas los pliegues del pañuelo con que cubría á la inocente niña.

Pero ¡ay! que la brisa se convirtió en viento y el rizo de las olas en inmensos cilindros de agua que avanzaban rugiendo, yendo á levantar surtidores de espuma en las rocas de la playa. La niña despertó llorando, asustada por el sordo rodar de las olas, y un temblor nervioso agitaba á la madre; á cada barca que veía doblar el cabo abría sus grandes ojos y nacía en su alma la esperanza; ¡todo fué en vano! Él no arribó. La noche tendió su manto para aumentar los horrores del cuadro, y se encendió en lo alto del peñascal una gran hoguera que sirviera de faro; pero nada se descubría entre las sombras ni se oía nada que no fuera el rugir de la tormenta.

Ya era próximamente la media noche cuando la mujer del pescador se retiró á su casa con su hija en los brazos; todo quedó en silencio menos el mar, la niña iba llorando de sueño, la madre no lloraba pero estaba densamente pálida, y sus facciones extrañamente contraídas. Entró en su casa y acostó á su hija, ¡pobrecita! aquella noche no hubo besos ni canciones que arrullaran su sueño; su madre la dejó en la cuna, salió precipitadamente hacia

la playa y allí permaneció de pie, rígida, inmóvil como una estatua; la luz rojiza de la hoguera que se consumía, reflejaba en las líneas de su rostro, sus cárdenos destellos, comunicándole un aspesto extrañamente fantástico, y con la roca por pedestal, y el mar embravecido por alfombra; aquella mujer petrificada parecía la Virgen de las tormentas.

El Atlántico fué apaciguando sus bramidos como un mónstruo harto que descansa sobre los cadáveres sangrientos de sus presas. Eran las cuatro de la mañana cuando el sol tendía sus primeros rayos sobre el Oceano; y el mar estaba ya tranquilo y solitario como un inmenso cementerio, y ni un mástil ni una vela interrumpía la monotonía en la superficie de las aguas. La esposa del pescador contemplaba con ojos extraviados aquel espectáculo de muerte, y cuando el primer rayo de sol alumbró aquella llanura tersa como la losa de un sepulcro, lanzó una carcajada nerviosa, crispó las manos y cayó en el suelo.

El señor Juan que era la providencia de los que sufren, recogió á la infeliz madre y la llevó á su casa; á fuerza de cuidados

consiguíó que recobrará el conocimiento, pero la infeliz había perdido la razón. Desde entonces ya no hubo cantos para María, su madre se pasaba horas enteras junto á su cuna, y algunas veces llenaba su frente y sus mejillas de besos precipitados y la oprimía contra su pecho hasta hacerla daño y concluía siempre sus caricias riendo de una manera que la asustaba. Cada vez que el mar despertaba de su letargo para dejar oír el mugido de sus olas, la viuda del marinero bajaba á la playa, encendía lumbre en lo alto de las rocas y así permanecía horas enteras como la estatua del dolor. Todas las jóvenes de la aldea, sus antiguas amigas y compañeras la querían mucho y se compadecían, pero al encontrarse con ella sentían un terror supersticioso y solo la conocían con el nombre de «A louca das prayas» (1).

Una tarde bajó á la orilla del mar, que se agitaba en una de esas tormentas del equinoccio que levantan montañas y torbellinos de agua; y encendió el fuego de costumbre; allí pasó gran parte de la no-

(1) La loca de las playas.

che vagando errante de roca en roca y atizando las llamas de la hoguera; por fin, cogiendo un pedazo de madera encendido lanzó una carcajada que repitieron los ecos de la playa, y se lanzó á la carrera por el peñascal que sube hasta su choza. ¡Qué extraña figura! riendo con aquella risa salvaje, el cabello suelto y en la mano la tea encendida, aquella loca parecía el Genio de la desesperación.

Cuando entró en la casita donde dormía su hija, corrió hacia la cuna, y estrechando á María entre sus brazos la cubrió de besos; el rostro de la loca estaba lívido y descompuesto y su frente ardía como las paredes de un hornillo; pero de pronto abrió sus grandes ojos que giraron en sus órbitas con una movilidad siniestra, y lanzando una carcajada histérica, horrible como un grito de maldición, corrió al lugar donde había dejado la tea, que chisporroteaba, alumbrando las paredes ennegrecidas, con pálidos reflejos.

El Atlántico rodaba aún sus cilindros de agua turbia con un rumor sordo como el

gemido de los elementos, y allá en la punta del cabo las últimas ascuas de la hoguera que encendió *la loca* proyectaban sus últimos fulgores entre las sombras de la noche.

El señor Juan había sido sorprendido en el mar por la tormenta; durante varias horas había luchado entre la vida y la muerte, cuando apercibió á lo lejos las llamas que brotaban á intervalos de las cenizas de la hoguera; y aquellas llamas fueron para él, faro salvador que le condujo al puerto. Cuando la barca del señor Juan tocó en la arena con la quilla, el casco, desecho por los golpes de mar hacía agua y los brazos de los remeros estaban rendidos por la fatiga.

Apenas habían saltado á tierra, y una luz que seguía rápidamente el sendero del peñascal les llamó vivamente la atención; pocos minutos más tarde una llamarada intensa envuelta en torbellinos de humo, se filtraba por las rendijas de un tejado. La loca había incendiado su cabaña.

Todos corrieron al lugar del fuego, cuando llegaron, las ventanas de la casita parecían las bocas de un horno que despedían chorros de gases inflamados.

Solo un instante de vacilación y María estaba perdida para siempre; pero el señor Juan empujó la puerta, y tapándose los ojos con las manos desapareció entre la densa humareda. Un grito de terror se levantó entre los otros marineros que desde fuera procuraban en vano dominar el fuego, mientras el señor Juan llegaba hasta la cuna de la niña; allí estaba también la madre sentada en el suelo y abrazando con sus manos crispadas los pies de aquella cuna; el señor Juan quiso cogerla en sus brazos, pero fué inútil, la loca le rechazó con una fuerza hercúlea; no había tiempo que perder, las llamas comenzaban á invadirlo todo, entonces tomó en sus brazos á la niña envuelta entre las ropas y corrió á la escalera, mientras la loca se retorció en convulsiones histéricas y lanzaba carcajadas horribles, como el estertor de una agonía.

El señor Juan quiso andar, pero las llamas le cerraron el paso, y entonces arrojó á María entre las mantas y apretando aquel lio contra el pecho, se adelantó sereno en medio de aquel túnel ardiente. Cuando llegó á la calle, la casa del pesca-

dor ardía como una inmensa hoguera. ¡Pobre loca! el agua del Oceano le había arrebatado al padre de su hija y con él la razón y la felicidad; ahora el fuego le arrebataba á ella la vida.

Qué horrible era el crujir de los maderos que ardían como los haces de leña de una enorme pira; y aquel techo que cobijó algún día tantos sueños de amor y de ventura, se hundió, enterrando para siempre entre el fuego y los escombros á la madre de María, la loca de las playas.

¡Pobre huérfana! dijo entonces el señor Juan, y acercó sus labios á la frente de la niña, que tenía en los brazos, y dejó en ella un beso, y sintió que las lágrimas subían á sus ojos, pero las lágrimas se evaporaron al contacto de unas pupilas abrasadas para siempre por las llamas del incendio; no podía llorar, el señor Juan estaba ciego.

.

¿No es verdad que es una triste historia, la historia de María? ahora es ella el lazarrillo del pobre viejo que perdió la vista por

salvarla, él es para ella su madre, su padre, su todo en el mundo.

Que hermosa estaba aquella niña de cabellos rubios cuando apoyada en el señor Juan clavaba sus ojos húmedos en el cielo y al són del violín, con su vocecita de ángel que tiembla como las hojas de los sauces al soplo de la brisa; entonaba aquella triste balada que encerraba el enigma de su historia. Aún sonaba en mis oídos con acento de celestial melancolía, aquella cadencia final:

¿Por qué la quemásteis? ¿decidme qué os hizo
mi madre adorada?
Maldita la lumbre, maldito el Oceano
Malditas sus aguas;

y al oír en unos labios inocentes aquella imprecación amarga arrancada por el dolor, yo sentía que las lágrimas se acumulaban en mis ojos.

Que bueno era el señor Juan aquel ciego venerable de barba blanca y violín cascado; ¿sin él, qué hubiera sido de María?